

Vida y escritura: la sombra de César Aira (fragmento)

Cecilia Pacella

En el año 2014, César Aira publica el libro *Continuación de ideas diversas*. En este libro, construido a partir de la sucesión de fragmentos, el autor explora una nueva forma de escritura que, al modo del romanticismo temprano del grupo de Jena, posibilita el desarrollo de una teoría estética donde la idea como germen busca el absoluto.

En la contratapa del libro Aira nos explica su propósito:

Las ideas nunca son del todo ideas, y nunca son todas las ideas. Recortadas en forma de ocurrencia, recuerdos, anécdotas, chistes y otros mil azares de discurso, materia inagotable de la asociación, siempre habrá una más, distinta pero parecida, y otra, como para dar la vuelta al mundo del pensamiento. Quise escribir un libro sobre ellas y con ellas: sacarlas del tiempo sucesivo en que las ordena el proceso mental y disponerlas en un volumen facetado, un cadáver exquisito 3D, que también quiere ser un tablero de juego, y un retrato.

Un libro sobre las ideas pero hecho con ideas se materializa en una sucesión de fragmentos y, si bien idea y fragmento son cosas considerablemente diferentes, están estrechamente vinculadas, ya que es en la escritura fragmentaria, en la cual son posibles las miles de formas azarosas del discurso, donde la idea encuentra su materialización escrita más próxima. Por ello podemos decir que, aun en la distancia que separa estos dos términos, existen similitudes entre ideas y fragmentos.

Al igual que en el fragmento la idea parece escapar a cualquier forma fija y puede tomar, como nos dice Aira, aleatorias formas del discurso. Estas se relacionan también con lo involuntario o accidental de la fragmentación que implica lo esencial de esta forma de escritura aun en aquellos casos en que se busca voluntariamente. Pero comencemos por el principio: ¿de qué forma de escritura hablamos cuando hablamos de fragmento? ¿Por qué encuentra la idea su mejor forma de expresión en la escritura fragmentaria?

Si bien el fragmento fue una forma de escritura puesta en escena por los moralistas ingleses en el siglo XVIII, fueron los románticos de Jena quienes valoraron esta herencia, elaborando una teoría y realizando una práctica del fragmento. Así, este género heredado,

como lo señalan Nancy y Lacoue-Labarthe¹, ya tiene, antes de los románticos, tres características exteriores que es de utilidad recordar aquí:

1. “su inacabamiento o la ausencia de desarrollo discursivo”
2. “la variedad y la mezcla de objetos sobre los que puede tratar un mismo conjunto de piezas”
3. “la unidad del conjunto construida fuera de la obra, en el sujeto que en ella se muestra.”²

La adopción de la forma fragmento como propia y característica por parte de los románticos se debe a que encuentran en estas tres características la posibilidad de llegar a una escritura de la totalidad y con ello a la verdad. Porque si bien el fragmento hace referencia a aquello que aparece como un trozo o segmento arbitrariamente separado del todo, es en ese fragmento pero también en cada fragmento posible donde está la única oportunidad de acercarse a la totalidad, en cuanto podemos encontrar en cada uno de ellos una totalidad en miniatura, y es que este recorte lo presenta único y cerrado sobre sí mismo, individualizado de los otros. Y al mismo tiempo, esa segmentación informe y arbitraria evidencia la imposibilidad de dar cuentas en el lenguaje de un todo organizado y coherente que quisiéramos encontrar en la realidad. Y aunque parezca contradictorio, es esta incompletud la que lo vuelve completo, ya que en ella se exhibe la sinceridad del fragmento, lo que le otorga su proximidad a la verdad, verdad que se refleja sobre el fragmento y expone la única idea de totalidad posible.

Ese anhelo de totalidad y la consciente imposibilidad de alcanzarla es lo que despierta el interés fundamental del fragmento. La sucesión o teoría de fragmentos es tal vez el acto más sincero de la escritura que se retira ante la posibilidad de organizar un todo coherente orgánico simulado sobre lo real. Es decir, que solo la escritura fragmentaria que, de alguna manera, expone el caos y aquello que constantemente se interrumpe y recomienza es la única escritura consciente de la imposibilidad de totalidad, pero significativamente y a raíz de esto mismo el fragmento muestra una totalidad en miniatura.

¹Ambos autores exponen una teoría del fragmento en el romanticismo de Jena en el artículo “La exigencia fragmentaria” del libro *El absoluto literario. Teoría de la literatura en el romanticismo alemán*, Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2012.

² Nancy, J.-L. y Lacoue-Labarthe, Ph., *op. cit.*, p. 81.

Como sucede en la teoría matemática con los objetos geométricos irregulares y truncados llamados fractales: al igual que un fractal posee la cualidad de repetir a diferentes escalas una misma forma, completa en sí misma, así el fragmento en su irregularidad e inacabamiento también repite la totalidad. Pero volvamos a Aira y a su propósito, en la cita que dio origen a estas reflexiones nos hablaba también de esa imposibilidad de dar cuenta en la escritura de todas las ideas, es decir que este volumen compuesto por fragmentos de escritura donde se materializan ideas, pone en evidencia también la imposibilidad de dar cuenta de la totalidad de ideas. Parece una obviedad decir aquí, entonces, que esta relación entre libro, como objeto que contiene un desarrollo completo, e ideas, está desde el comienzo signada por la imposibilidad, ya que un volumen que contenga todas las ideas de Aira será siempre irrealizable. Sin embargo, la reunión de estos fragmentos en este libro es suficiente para dar cuenta del mundo de las ideas o, como dice Aira, del mundo del pensamiento. Aquí la sucesión fragmentaria hace posible esta “vuelta al mundo del pensamiento” de la que nos habla el autor. Aira no se lamenta de no poder dar cuenta de todas las ideas sino que se propone escribir un libro sobre ellas, pero esa tarea no puede realizarse fuera de la escritura fragmentaria que cada idea implica y que, al mismo tiempo, nos deja ver la imposibilidad de dar cuenta de la infinita cantidad de ideas si no es en esa finitud que cada una muestra. Entonces, retomando la relación entre fragmento y totalidad, podemos sintetizar diciendo que el fragmento es una totalidad en miniatura pero también es en esa sucesión encadenada, arbitraria, incompleta, el lugar donde relampaguea la totalidad.

Idea y fragmento

Sabemos que idea y fragmento no son lo mismo, si por una lado la idea parece poder cerrarse sobre sí misma y de alguna forma podemos creer que su existencia no está condicionada por las palabras, como si tuviera una existencia completa más allá del lenguaje; el fragmento claramente es un trozo de escritura que exhibe su inacabamiento. Sin embargo ya hemos visto cómo este inacabamiento, como propiedad fundamental del fragmento, es lo que hace de él una totalidad en miniatura y al mismo tiempo signo de la totalidad. Teniendo esto en cuenta, el fragmento se presenta, entonces, como la forma de

escritura perfecta, completa. Esto apasionó a los románticos al punto tal de considerar al fragmento como un erizo, en el fragmento 206 de la revista *Athenaeum* nos dicen: “Un fragmento igual que una pequeña obra de arte tiene que estar completamente aislado del mundo que lo rodea y cerrado en sí mismo como un erizo”³. Pero si el fragmento se cierra sobre sí mismo y se aísla del mundo que lo rodea, ¿no podríamos decir que, en cierta forma, quiere ser una idea? Porque, ¿qué estaría más aislado del mundo que la idea? Y por otro lado, cuando la idea se acerca al lenguaje, ¿no comienza a ser solo fragmento? Y si el anhelo de idea hace que el fragmento encuentre su perfección, ¿no es acaso la forma fragmento aquello que vuelve concreta la idea? Estos interrogantes muestran que, aunque fragmento e idea sean cosas distintas, existe entre ellos una relación asociativa, simbiótica que no es tan simple de desarticular.

Así, teniendo en cuenta esta posibilidad de la escritura fragmentaria, la idea encuentra en el fragmento su única posibilidad de concreción, integridad y completud. Porque, volviendo al propósito de Aira, recordemos aquello que nos advierte acerca de que las ideas “nunca son del todo ideas”, siempre, podemos decir, la idea se topa con el lenguaje y generalmente en el lenguaje se desvanece. En uno de sus fragmentos Aira escribe:

Cuando uno quiere poner por escrito una idea que se le ha ocurrido, hay algo así como un desaliento previo, una convicción fatalista de que no será posible, o que no saldrá bien, no solo por el trabajo que da si no por una especie de forzamiento, de antinatural, que conlleva este trabajo.⁴

Aira evidencia que la idea ya está hecha de palabras pero por alguna extraña razón, y tal vez sea la misma razón que potencia el espacio de escritura del fragmento, en la idea las palabras se encuentran en un estado que podríamos considerar de latencia. Aira continúa diciendo:

Un mínimo de experiencia enseña que la idea no será realmente idea hasta que esté redactada, pero igual uno se aferra a creer que es una idea ya, y por serlo es una buena idea, en ese formato sin sintaxis, sin las palabras justas y en orden. Esa cualidad de informe le da un brillo, un encanto, una elegancia de fábula. (El desaliento es parte de ese sentimiento.)⁵

³ En Nancy y Lacoue-Labarthe, *op. cit.*, p. 164.

⁴ Aira, César, *Continuación de ideas diversas*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2014, p. 13.

⁵ *Ibid.*

Porque, a pesar de que la idea esté hecha con palabras y no exista fuera de ella, la existencia de la misma fuera del orden de la escritura se demuestra en la desilusión, en el desencanto que sucede a su forma escrita. Antes de estar redactada, la idea parece no existir pero sin embargo es esa falta de forma la que la dota de un brillo y una elegancia que no volverá a poseer en la sintaxis de la escritura y menos aún en una forma escrita determinada, como el poema o el relato, que suprimiría aquella cualidad informe por la cual obtiene su brillo. Porque si ya en las palabras la idea encuentra un suelo inestable, la posibilidad de naufragar y desaparecer en una forma de aquellas que llamamos géneros literarios es absoluta. El fragmento es la única forma de escritura capaz de contener en su irregularidad formal esa inconsistencia que la idea exhibe y que constituye su esplendor, y al mismo tiempo es la única forma que vuelve presente la tensión entre idea y palabra.

Así la escritura fragmentaria, como se lo propusieron los románticos, puede todavía captar la dispersión de un mundo que ninguna forma puede captar. Y no es casual que uno de los novelistas más prolíficos de la literatura actual vuelva al fragmento dando muestra de la imposibilidad de la novela de captar esta dispersión. Este recorrido o búsqueda de escritura que va de la novela hacia el fragmento se confirma notoriamente en los datos biográficos del autor que aparecen en la solapa del libro, Allí leemos: "... ha publicado una notable cantidad de libros, todos breves y algunos brevísimos". Como si en esa cantidad de brevísimos relatos, o novelitas, el autor ya hubiese buscado subsanar el fracaso de la forma más exitosa de la literatura actual. Y así volver a la propuesta romántica del fragmento como única posibilidad de la escritura de captar la totalidad, la dispersión de la vida real.

La vida en fragmentos

Con anterioridad, señalamos que una de las características atribuidas al fragmento como género era la de encontrar la unidad del conjunto fuera de la obra, en el sujeto que escribe. Y todo parece indicar que la fragmentación, o mejor dicho, el conjunto de fragmentos nos posibilitaría, como ninguna otra forma de escritura, la construcción de una subjetividad; porque sería esa continuidad aleatoria de ideas, pensamientos, recuerdos, anécdotas, historias fragmentadas de vida, ocurrencias, etc., la que nos acercaría más a la reconstrucción tridimensional del sujeto que escribe. Aira nos lo dijo: por un lado la

posibilidad de estos fragmentos de dar la vuelta al mundo del pensamiento, por otro, reconstruir un “cadáver exquisito” 3D, que también sería un retrato. Es importante prestar atención aquí a que esta subjetividad se señala desde el fragmento, y entonces aparece otra de las particularidades de la escritura fragmentaria: porque si, como nos recordó Mallarme, aquel que escribe se suprime en el mismo acto de escritura, podría ser la sucesión de fragmentos la única forma de escritura que señala hacia afuera, reconstruyendo el yo de la escritura, o al menos alentar la ilusión de un yo cuyo contorno podríamos dibujar uniendo todos las fichas de un rompecabezas. Ya que el fragmento no es más que esa ficha que, mostrando la incompletud, señala, promete el Todo. Por esto la sucesión caótica de fragmentos de escritura nos permite acercarnos a la totalidad, aunque sólo sea una promesa. Y la primera totalidad que queremos reconstruir a partir de la escritura es la del escritor. Sin embargo, como sabemos, ese escritor no existe y si existió alguna vez fue absorbido poco a poco por la escritura hasta desaparecer en ella. Tal vez este sea el sentido de uno de los fragmentos del libro que dice:

Creo que la periodista que me entrevistaba se sobresaltó cuando, después de decirle que a mí me importaban más los autores que los libros, ejemplifiqué diciendo “más Kafka que *La metamorfosis* porque al fin de cuentas *La metamorfosis* podría haberla escrito otro igualmente bien”. Y ella, asustada por mi provocación: “¿Cómo otro?! Si es una obra maestra de Kafka...”⁶

El interés, que sigue lo difícil de alcanzar, se dirige al escritor, a ese nombre “Kafka”, cuya realidad es imposible de reconstruir. Como un fantasma amorfo inabarcable en ninguna escritura, mucho menos en alguna en particular, el autor se esconde detrás de ese nombre y aunque releamos mil veces toda la obra de Kafka no podremos dar cuenta de haber construido al autor, de lograr ver al escritor que será siempre el anhelo de una totalidad inconmensurable, sin embargo la lectura de *La metamorfosis*, tan perfecta y cerrada sobre sí misma, nos alienta a creer en un escritor que realiza su obra. Que al lado de la escritura hay una vida desarrollándose paralelamente y que en nuestra curiosidad de lectores queremos conocer. Y entonces nos preguntamos: ¿es posible el paralelismo entre vida y escritura?, ¿o irremediamente uno de estos términos se impone sobre el otro? En otro fragmento Aira escribe:

Lo difícil es escribir, no escribir bien. En los talleres literarios se puede aprender a escribir bien, pero no a escribir. Para escribir bien hay recetas, consejos útiles, un

⁶ *Ibid.*, p. 12.

aprendizaje. Escribir, en cambio, es una decisión de vida que se realiza con todos los actos de la vida.⁷ (55)

¿En dónde radica la dificultad de escribir? ¿Por qué solamente puede escribir aquel que ha hecho de la escritura una forma de vida? Lo sentencioso del fragmento nos lleva a pensar otra vez la relación entre vida y escritura como opciones irreconciliables. Aquel que escribe se aleja de la vida, hace de la escritura un espacio habitable y abandona el mundo “real” donde se desarrollaría la vida, creando otro mundo; parafraseando al propio Aira, todos los actos de esa vida se realizan en la decisión de escribir. El verbo “vivir”, es remplazado por el verbo “escribir”. Pero aparece el fragmento y entonces el mundo de la escritura se desintegra en partes, se desarma mostrando los agujeros negros, mostrando la ilusión, la utopía de mundo, de totalidad. Y parece que a través de estos huecos se filtra aquello que llamamos vida, porque si el mundo de la escritura no puede ser perfecto (como en la novela) otro mundo se deja intuir detrás de ella. Entonces, ¿no sería la forma fragmento una búsqueda de reconciliación entre vida y escritura? Cuando leíamos la contratapa del libro donde César Aira nos relataba el propósito del mismo, nos decía que este libro quería ser también un retrato. Fragmento a fragmento vamos armando un rompecabezas que nunca terminaremos de construir, ya que las piezas son infinitas. Sin embargo, por momentos, podemos sospechar un perfil, un contorno, y detrás de ese nombre “César Aira” un fantasma quiere volverse real, quiere aparecer, y aunque esté condenado irremediabilmente a su condición de fantasma, podemos presentir que esa sombra detrás de bastidores que aparece en la escritura fragmentaria es más real que todas aquellas apariciones de Cesar Aira en sus novelas, e incluso más próxima a la idea de Cesar Aira que el retrato que los datos biográficos de las solapas de sus libros proponen. Ese César Aira, el fantasmal, el que sospechamos detrás de los fragmentos, nos hace señas para que lo sigamos, nos guía a su encuentro con miguitas de pan (o fragmentos).

Lo inconcluso (con estos dos párrafo hacé uno que sea una conclusión)

El título del libro apela a estas nociones que hemos revisado acerca del fragmento: *Continuación de ideas diversas*. Desde el mismo título, Aira traza esa voluntaria

⁷ *Ibid.*, p. 55.

asociación con la búsqueda romántica de totalidad, totalidad de ideas que evidencia la ambigua relación entre la idea y la palabra, relación que orienta la escritura hacia la forma del fragmento, búsqueda que atañe directamente a las posibilidades de la escritura. Puesto que lo continuo sería lo que se llama “vida”, pero dónde podría situarse dentro del lenguaje discontinuo, que es además el origen del que habla, escribe, y también del que supuestamente vive, recuerda, imagina. El arte consistiría en enlazar en un continuo en miniatura, simulado, lo diverso que pasa en las palabras y en el que escribe.

Así, vida, literatura y arte confluyen en una escritura que se desentiende de las clasificaciones genéricas y encuentra en lo inacabado la posibilidad de totalidad. Si para el grupo de Jena la prosa era aquella escritura capaz de desarrollar la idea de la poesía, Aira busca en una escritura concisa, que más que desarrollar se cierra sobre lo que podríamos llamar el germen o la idea de la escritura novelística, la posibilidad de la idea fragmentaria, aunque por momentos sea también la unidad autobiográfica o bien el inicio del desarrollo de una teoría de la novela, una teoría de la vanguardia y centralmente una teoría de la vida.

Bibliografía

Aira, César, *Continuación de ideas diversas*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2014.

Lacoue-Labarthe, Philippe y Nancy, Jean-Luc, *El absoluto literario. Teoría de la literatura del romanticismo alemán*, Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2012.